



**Nombre del alumno: Eitan
Gustavo Aguirre Guzman**

**Nombre del profesor: Darío
Cristiaderith**

**Nombre del trabajo: MUNDO
DE SOFIA**

**Materia: Bioética y
Normatividad**

Grado: A

Capítulo 1

El jardín del Edén

.... al fin y al cabo, algo tuvo que surgir en algún momento de donde no había nada de nada.

Sofía Amundsen volvía a casa después del instituto. La primera parte del camino la había hecho en compañía de Jorunn. Habían hablado de robots. Jorunn opinaba que el cerebro humano era como un sofisticado ordenador. Sofía no estaba muy segura de estar de acuerdo. Un ser humano tenía que ser algo más que una máquina. Se habían despedido junto al hipermercado Sofía vivía al final de una gran urbanización de chalets, y su camino al instituto, era casi el doble que el de Jorunn. Era como si su casa se encontrara en el fin del mundo, pues más allá de jardín no había ninguna casa más. Allí comenzaba el espeso bosque. Giró para meterse por el Camino del Trébol. Al final hacía una brusca curva que solían llamar Curva del Capitán. Aquí sólo había gente los sábados y los domingos. Era uno de los primeros días de mayo. En algunos jardines se veían tupidas coronas de narcisos bajo los árboles frutales. Los abedules tenían ya una fina capa de encaje verde.

¡Era curioso ver cómo todo empezaba a crecer y brotar en esta época del año! ¿Cuál era la causa de que kilos y kilos de esa materia vegetal verde saliera a chorros de la tierra inanimada en cuanto las temperaturas subían y desaparecían los últimos restos de nieve? Sofía miró el buzón al abrir la verja de su jardín. Solía haber un montón de cartas de propaganda, además de unos sobres grandes para su madre. Tenía la costumbre de dejarlo todo en un montón sobre la mesa de la cocina, antes de subir a su habitación para hacer los deberes. A su padre le llegaba únicamente alguna que otra carta del banco, pero no era un padre normal y corriente. El padre de Sofía era capitán de un gran petrolero y estaba ausente gran parte del año. Cuando pasaba en casa unas semanas seguidas, se paseaba por ella haciendo la casa mas acogedora para Sofía y su madre. Por otra parte, cuando estaba navegando resultaba a menudo muy distante. Ese día sólo había una pequeña carta en el buzón, y era para Sofía. «Sofía Amundsen», ponía en el pequeño sobre.

En cuanto hubo cerrado la puerta de la verja, Sofía abrió el sobre. Lo único que

encontró fue una notita, tan pequeña como el sobre que la contenía. En la notita ponía: ¿Quién eres? No ponía nada más. No traía ni saludos ni remitente, sólo esas dos palabras escritas a mano con grandes interrogaciones. Volvió a mirar el sobre. Cuando la madre de Sofía estaba de mal humor por alguna razón, decía a veces que su hogar era como una casa de fieras, en otras palabras, una colección de animales de distintas clases. Y por cierto, Sofía estaba muy contenta con la suya. Primero le habían regalado una pecera con los peces dorados Flequillo de Oro, Caperucita Roja y Pedro el Negro.

Capítulo 2

El sombrero de copa

... lo único que necesitamos para convertirnos en buenos filósofos es la capacidad de asombro...

Sofía dio por sentado que la persona que había escrito las cartas anónimas volvería a ponerse en contacto con ella. Mientras tanto, optó por no decir nada a nadie sobre este asunto. En el instituto le resultaba difícil concentrarse en lo que decía el profesor; le parecía que sólo hablaba de cosas sin importancia. ¿Porqué no hablaba de lo que es el ser humano, o de lo que es el mundo y de cual fue su origen? Tuvo una sensación que jamás había tenido antes: en el instituto y en todas partes la gente se interesaba solo por cosas más o menos fortuitas. Pero también había algunas cuestiones grandes y difíciles cuyo estudio era mucho mas importante que las asignaturas corrientes del colegio. ¿Conocía alguien las respuestas a preguntas de ese tipo? A Sofía, al menos, le parecía mas importante pensar en ellas que estudiarse de memoria los verbos irregulares.

Ese era el camino más rápido para Jorunn, el que tomaba sólo cuando tenía que irse rápidamente a casa para llegar a alguna reunión o al dentista. Sofía se sentía triste por haber herido a su amiga. ¿Pero qué podría haberle contestado? ¿Qué de repente le interesaba tanto quién era y de donde surge el mundo que no tenía tiempo de jugar al badminton? ¿Lo habría entendido su amiga? ¿Por qué tenía que ser tan difícil interesarse por las cuestiones más importantes y, de alguna manera, más corrientes de todas? Al abrir el buzón notó que el corazón le latía más deprisa.

Capítulo 3

¿Qué es la filosofía?

Querida Sofía. Muchas personas tienen distintos hobbies. Unas coleccionan monedas antiguas o sellos, a otras les gustan las labores, y otras emplean la mayor parte de su tiempo libre en la práctica de algún deporte. A muchas les gusta también la lectura. Pero lo que leemos es muy variado. Unos leen sólo periódicos o cómics, a algunos les gustan las novelas, y otros prefieren libros sobre distintos temas, tales como la astronomía, la fauna o los inventos tecnológicos. Aunque a mí me interesen los caballos o las piedras preciosas, no puedo exigir que todos los demás tengan los mismos intereses que yo. Si sigo con gran interés todas las emisiones deportivas en la televisión, tengo que tolerar que otros opinen que el deporte es aburrido. ¿Hay, no obstante, algo que debería interesar a todo el mundo? ¿Existe algo que concierna a todos los seres humanos, independientemente de quiénes sean o de en qué parte del mundo vivan? Sí, querida Sofía, hay algunas cuestiones que deberían interesar a todo el mundo. Sobre esas cuestiones trata este curso.

¿Qué es lo más importante en la vida? Si preguntamos a una persona que se encuentra en el límite del hambre, la respuesta será comida. Si dirigimos la misma pregunta a alguien que tiene frío, la respuesta será calor. Y si preguntamos a una persona que se siente sola, la respuesta seguramente será estar con otras personas. Pero con todas esas necesidades cubiertas, ¿hay todavía algo que todo el mundo necesite? Los filósofos opinan que sí. Opinan que el ser humano no vive sólo de pan. Es evidente que todo el mundo necesita comer. Todo el mundo necesita también amor y cuidados. Pero aún hay algo más que todo el mundo necesita. Necesitamos encontrar una respuesta a quién somos y por qué vivimos. Interesarse por el por qué vivimos no es, por lo tanto, un interés tan fortuito o tan casual como, por ejemplo, coleccionar sellos. Quien se interesa por cuestiones de ese tipo está preocupado por algo que ha interesado a los seres humanos desde que viven en este planeta. El cómo ha nacido el universo, el planeta y la vida aquí, son preguntas más grandes y más importantes que quién ganó más medallas de oro en los últimos juegos olímpicos de invierno.

La mejor manera de aproximarse a la filosofía es plantear algunas preguntas

filosóficas: ¿Cómo se creó el mundo? ¿Existe alguna voluntad o intención detrás de lo que sucede? ¿Hay otra vida después de la muerte? ¿Cómo podemos solucionar problemas de ese tipo? Y, ante todo: ¿cómo debemos vivir? En todas las épocas, los seres humanos se han hecho preguntas de este tipo. No se conoce ninguna cultura que no se haya preocupado por saber quiénes son los seres humanos y de dónde procede el mundo.

Capítulo 4

Un ser extraño

Aquí estoy de nuevo. Como ves, este curso de filosofía llegará en pequeñas dosis. He aquí unos comentarios más de introducción. ¿Dije ya que lo único que necesitamos para ser buenos filósofos es la capacidad de asombro? Si no lo dije, lo digo ahora: **LO ÚNICO QUE NECESITAMOS PARA SER BUENOS FILÓSOFOS ES LA CAPACIDAD DE ASOMBRO.** Todos los niños pequeños tienen esa capacidad. No faltaría más. Tras unos cuantos meses, salen a una realidad totalmente nueva. Pero conforme van creciendo, esa capacidad de asombro parece ir disminuyendo. ¿A qué se debe? ¿Conoce Sofía Amundsen la respuesta a esta pregunta? Veamos: si un recién nacido pudiera hablar, seguramente diría algo de ese extraño mundo al que ha llegado. Porque, aunque el niño no sabe hablar, vemos cómo señala las cosas de su alrededor y cómo intenta agarrar con curiosidad las cosas de la habitación. Cuando empieza a hablar, el niño se para y grita «guau, guau» cada vez que ve un perro. Vemos cómo da saltos en su cochecito, agitando los brazos y gritando «guau, guau, guau, guau». Los que ya tenemos algunos años a lo mejor nos sentimos un poco agobiados por el entusiasmo del niño. «Sí, sí, es un guau, guau», decimos, muy conocedores del mundo, «tienes que estarte quietecito en el coche». No sentimos el mismo entusiasmo. Hemos visto perros antes. Quizás se repita este episodio de gran entusiasmo unas doscientas veces, antes de que el niño pueda ver pasar un perro sin perder los estribos. O un elefante o un hipopótamo. Pero antes de que el niño haya aprendido a hablar bien, y mucho antes de que aprenda a pensar filosóficamente, el mundo se ha convertido para él en algo habitual. ¡Una pena, digo yo! Lo que a mí me preocupa es que tú seas de los que toman el mundo como algo asentado, querida Sofía. Para asegurarnos,

vamos a hacer un par de experimentos mentales, antes de iniciar el curso de filosofía propiamente.

Capítulo 5

... un delicado equilibrio de poder entre las fuerzas del bien y del mal..

A la mañana siguiente, no había ninguna carta para Sofía en el buzón. Pasó aburrida el largo día en el instituto, procurando ser muy amable con Jorunn en los recreos. En el camino hacia casa, comenzaron a hacer planes para una excursión con tienda de campaña en cuanto se secase el bosque. De nuevo se encontró delante del buzón. Primero abrió una carta que llevaba un matasellos de México. Era una postal de su padre en la que decía que tenía muchas ganas de ir a casa, y que había ganado al Piloto jefe al ajedrez por primera vez. Y también que casi había terminado los veinte kilos de libros que se había llevado a bordo después de las vacaciones de invierno. Y había, además, un sobre amarillo con el nombre de Sofía escrito. Abrió la puerta de la casa y dejó dentro la cartera y el correo, antes de irse corriendo al Callejón. Sacó nuevas hojas escritas a máquina y comenzó a leer. La visión mítica del mundo; Hola, Sofía! Tenemos mucho que hacer, de modo que empecemos ya. Por filosofía entendemos una manera de pensar totalmente nueva que surgió en Grecia alrededor del año 600 antes de Cristo. Hasta entonces, habían sido las distintas religiones las que habían dado a la gente las respuestas a todas esas preguntas que se hacían. Estas explicaciones religiosas se transmitieron de generación en generación a través de los mitos. Un mito es un relato sobre dioses, un relato que pretende explicar el principio de la vida. Por todo el mundo ha surgido, en el transcurso de los milenios, una enorme flora de explicaciones míticas a las cuestiones filosóficas. Los filósofos griegos intentaron enseñar a los seres humanos que no debían fiarse de tales explicaciones. Para poder entender la manera de pensar de los primeros filósofos, necesitamos comprender lo que quiere decir tener una visión mítica del mundo. Utilizaremos como ejemplos algunas ideas de la mitología nórdica; no hace falta cruzar el río para coger agua.

Capítulo 6

... nada puede surgir de la nada...

Cuando su madre volvió del trabajo aquella tarde, Sofía estaba sentada en el balancín del jardín, meditando sobre la posible relación entre el curso de filosofía y esa Hilde Møller Knag que no recibiría ninguna felicitación de su padre en el día de su cumpleaños. –¡Sofía! –la llamó su madre desde lejos–. ¡Ha llegado una carta para ti! El corazón le dio un vuelco. Ella misma había recogido el correo, de modo que esa carta tenía que ser del filósofo. ¿Qué le podía decir a su madre? Se levantó lentamente del balancín y se acercó a ella. –No lleva sello. A lo mejor es una carta de amor. Sofía cogió la carta. –¿No la vas a abrir? ¿Que podía decir? –¿Has visto alguna vez a alguien abrir sus cartas de amor delante de su madre? Mejor que pensara que ésa era la explicación. Le daba muchísima vergüenza, porque era muy joven para recibir cartas de amor, pero le daría aún más vergüenza que se supiera que estaba recibiendo un curso completo de filosofía por correspondencia, de un filósofo totalmente desconocido y que incluso jugaba con ella al escondite. Era uno de esos pequeños sobres blancos. En su habitación, Sofía leyó tres nuevas preguntas escritas en la nota dentro del sobre: ¿Existe una materia primaria de la que todo lo demás está hecho? ¿El agua puede convertirse en vino? ¿Cómo pueden la tierra y el agua convertirse en una rana? A Sofía estas preguntas le parecieron bastante chifladas, pero las estuvo dando vueltas durante toda la tarde. También al día siguiente, en el instituto, volvió a meditar sobre ellas, una por una. ¿Existiría una materia primaria,, de la que estaba hecho todo lo demás? Pero si existiera una materia de la que estaba hecho todo el mundo, ¿cómo podía esta materia única convertirse de pronto en una flor o, por que no, en un elefante? La misma objeción era válida para la pregunta de si el agua podía convertirse en vino. Sofía había oído el relato de Jesús, que convirtió el agua en vino, pero nunca lo había entendido literalmente. Y si Jesús verdaderamente hubiese hecho vino del agua se trataría más bien de un milagro y no de algo que fuera realmente posible. Sofía era consciente de que tanto el vino como casi todo el resto de la naturaleza contiene mucha agua.

Capítulo 8 Demócrito

... el juguete más genial del mundo...

Sofía cerró la caja de galletas que contenía todas las hojas escritas a maquina que había recibido del desconocido profesor de filosofía. Salió a hurtadillas del Callejón y se quedó un instante mirando al jardín. De repente, se acordó de lo que había pasado la mañana anterior. Su madre había bromeado con la carta de amor, durante el desayuno. Ahora se apresura hasta el buzón para evitar que aquello volviera a suceder. Recibir una carta de amor dos días seguidos, daría exactamente el doble de corte que recibir una. ¡De nuevo había allí un pequeño sobre blanco! Sofía comenzó a vislumbrar una especie de sistema en las entregas: cada tarde había encontrado un sobre grande y amarillo en el buzón. Mientras leía la carta grande, el filósofo solía deslizarse hasta el buzón con un sobrecito blanco. Esto significaba que no le resultaría difícil descubrirlo. ¿O descubrirla? Si se colocaba ante la ventana de su cuarto, tendría buena vista sobre el buzón y seguro que llegaría a ver al misterioso filósofo. Porque sobrecitos blancos no surgen por si mismos así como así. Sofía decidió estar muy atenta al día siguiente. Era viernes y tenía todo el fin de semana por delante. Subió a su habitación y abrió allí el sobre. Esta vez sólo había una pregunta en la nota, pero la pregunta era, si cabe, más loca que aquellas tres que habían venido en la carta de amor.

En primer lugar, Sofía no estaba segura de estar de acuerdo con que el lego fuese el juguete más genial del mundo, al menos había dejado de jugar con él hacía muchos años. En segundo lugar, no era capaz de entender qué podía tener que ver el lego con la filosofía. Pero era una alumna obediente, y empezó a buscar en el estante superior de su armario. Allí encontró una bolsa de plástico llena de piezas del lego de muchos tamaños y colores.

Por primera vez en mucho tiempo, se puso a construir con las pequeñas piezas. Mientras lo hacía, le venían a la mente pensamientos sobre el lego.

Resulta fácil construir con las piezas del lego, pensó. Aunque tengan distinta forma y color, todas las piezas pueden ensamblarse con otras.

Además, son indestructibles. Sofía no recordaba haber visto nunca una pieza del lego rota. De hecho, todas las piezas parecían tan frescas y nuevas como el día,

hacía ya muchos años, en que se lo habían regalado.

Capítulo 9

El destino

... el adivino intenta interpretar algo que en realidad no está nada claro...

Sofía había estado vigilando la puerta de la verja del jardín, mientras leía sobre Demócrito. Para asegurarse, decidió, no obstante, darse una vuelta por la puerta. Al abrir la puerta exterior descubrió un sobrecito blanco fuera en la escalera. Y en el sobre ponía “Sofía Amundsen”. ¡De modo que la había engañado! Justo ese día, cuando con tanto celo había vigilado el buzón, el filósofo misterioso se había acercado a la casa a escondidas desde otro lado y simplemente había puesto la carta sobre la escalera, antes de darse a la fuga otra vez. ¡Demonios! ¿Cómo podía saber que Sofía iba a estar vigilando el buzón justamente ese día? ¿La habrían visto él, o ella, en la ventana? A1 menos se alegraba de haber salvado el sobre antes de que su madre llegara a casa. Sofía volvió a su cuarto y abrió allí la carta. El sobre blanco estaba un poco mojado por los bordes; además, tenía un par de profundos cortes. ¿Por qué? No había llovido en varios días.

¿Que si creía en el destino? No estaba muy segura. Pero conocía a mucha gente que sí creía. Varias amigas de clase, por ejemplo, leían sus horóscopos en las revistas. Si creían en la astrología, también creerían en el destino, ya que los astrólogos pensaban que la situación de las estrellas en el firmamento podía decir algo sobre la vida de las personas en la Tierra. Si se creía que un gato negro que cruzaba el camino significaba mala suerte, entonces también se creería en el destino, pensaba Sofía. Cuanto mas pensaba en ello, más ejemplos le salían de la fe en el destino. ¿Por qué se decía «toca madera, por ejemplo y por qué martes trece era una día de mala suerte; Sofía había oído decir que muchos hoteles se saltaban el número trece para las habitaciones. Se debería a que, a fin de cuentas, había muchas personas supersticiosas.

–Superstición, por cierto, ¿no era una palabra extraña? Si creías en el cristianismo o en el islán se llamaba fe», pero si creías en astrología o en martes y trece, entonces se convertía en seguida en superstición.

Capítulo 11

Sócrates

... más sabia es la que sabe lo que no sabe....

Sofía se fue corriendo al jardín y se inclinó sobre el buzón verde. Solamente un periódico. Era pronto para esperar respuesta a su carta. En la portada del periódico leyó unas líneas sobre los cascos azules de las Naciones Unidas en el Líbano. Los cascos azules... ¿No era lo que ponía en el sello de la postal del padre de Hilde? Pero llevaba sellos noruegos. A lo mejor los cascos azules de las Naciones Unidas llevaban consigo su propia oficina de correos. Cuando su madre hubo terminado en la cocina, le dijo a Sofía medio en broma: –Vaya, sí que te interesa el periódico. Afortunadamente no dijo nada más sobre buzones y cosas por el estilo, ni durante el desayuno ni más tarde, en el transcurso del día. Cuando se fue a hacer la compra, Sofía cogió la carta sobre la fe en el destino y se la llevó al Callejón. El corazón le dio un vuelco cuando de repente vio un sobrecito blanco junto a la caja que contenía las cartas del profesor de filosofía. Sofía estaba segura de que no la había dejado allí. También este sobre estaba mojado por los bordes, y tenía, exactamente como el anterior, un par de profundas incisiones. ¿Había estado ahí el profesor de filosofía? ¿conocía su escondite más secreto? ¿Pero por qué estaban mojados los sobres? Sofía daba vueltas a todas esas preguntas. Abrió el sobre y leyó la nota.

Querida Sofía. He leído tu carta con gran interés, y también con un poco de pesar, ya que tendré que desilusionarte respecto a lo de las visitas para tomar café y esas cosas. Un día nos conoceremos, pero pasará bastante tiempo hasta que pueda aparecer por tu calle. Además, debo añadir que a partir de ahora no podré llevarte las cartas personalmente. A la larga, sería demasiado arriesgado. A partir de ahora, mi pequeño mensajero te las llevará, y las depositará directamente en el lugar secreto del jardín. Puedes seguir poniéndote en contacto conmigo cuando sientas necesidad de ello. En ese caso, tendrás que poner un sobre de color rosa con una galletita dulce o un terrón de azúcar dentro. Cuando mi mensajero descubra una carta así, me traerá el correo. P. D. No es muy agradable tener que rechazar tu invitación a tomar café, pero a veces resulta totalmente necesario. P. D P. D. Si encontraras un pañuelo rojo de seda, ruego lo guardes bien. De vez en cuando, objetos de este tipo se cambian por error en colegios y lugares así, y ésta es una

escuela de filosofía.

Capítulo 11 Atenas

... de las ruinas se levantaron varios edificios...

Aquella tarde, la madre de Sofía se fue a visitar a una amiga. En cuanto hubo salido de la casa, Sofía bajó al jardín y se metió en el Callejón, dentro del viejo seto. Allí encontró un paquete grande junto a la caja de galletas. Se apresuró a quitar el papel. ¡En el paquete había una cinta de vídeo! Entró corriendo en casa. ¡Una cinta de vídeo! Eso sí que era algo nuevo. ¿Pero cómo podía saber el filósofo que tenían un vídeo? ¿Y qué habría en esa cinta? Sofía metió la cinta en el aparato, y pronto apareció en la pantalla una gran ciudad. No tardó mucho en comprender que se trataba de Atenas, porque la imagen pronto se centró en la Acrópolis. Sofía había visto muchas fotos de las viejas ruinas. Era una imagen viva. Entre las ruinas de los templos se movían montones de turistas con ropa ligera y cámaras colgadas del cuello. ¿Y no había alguien con un cartel? ¡Allí volvía a aparecer! ¿No ponía “Hilde”? Al cabo de un rato, apareció un primer plano de un señor de mediana edad. Era bastante bajito, tenía una barba bien cuidada, y llevaba una boina azul. Miró a la cámara y dijo: –Bienvenida a Atenas, Sofía. Seguramente te habrás dado cuenta de que soy Alberto Knox. Si no ha sido así, sólo repito que se sigue sacando al gran conejo blanco del negro sombrero de copa del universo. Nos encontramos en la Acrópolis. La palabra significa «el castillo de la ciudad» o, en realidad, “ la ciudad sobre la colina”. En esta colina ha vivido gente desde la Edad de Piedra. La razón es, naturalmente, su ubicación tan especial. Era fácil defender este lugar en alto del enemigo. Desde la Acrópolis se tenía, además, buena vista sobre uno de los mejores puertos del Mediterráneo: El Pireo. Conforme Atenas iba creciendo abajo, sobre la llanura, la Acrópolis se iba utilizando como castillo y recinto de templos. En la primera mitad del siglo v a. de C., se libró una cruenta guerra contra los persas, y en el año 480, el rey persa, Jerjes, saqueó Atenas y quemó todos los viejos edificios de madera de la Acrópolis. Al año siguiente, los persas fueron vencidos, y comenzó la Edad de Oro de Atenas, Sofía. La Acrópolis volvió a construirse, mas soberbia y más hermosa que nunca, y ya desde entonces únicamente como recinto

de templos. Fue justamente en esa época cuando Sócrates anduvo por calles y plazas, conversando con los atenienses. Así, pudo seguir la reconstrucción de la Acrópolis y la construcción de todos esos maravillosos edificios que vemos aquí. ¡Fíjate qué lugar de obras tuvo que ser! Detrás de mí puedes ver el templo mas grande. Se llama el Partenón o “Morada de la Virgen” y fue levantado en honor a Atenea, que era la diosa patrona de Atenas. Este gran edificio de mármol no tiene una sola línea recta, pues los cuatro lados tienen todos una suave curvatura. Se hizo así para dar mas vida al edificio. Aunque tiene unas dimensiones enormes, no resulta pesado a la vista, debido, como puedes ver, a un engaño óptico. También las columnas se inclinan suavemente hacia dentro, y habrían formado una pirámide de mil quinientos metros si hubieran sido tan altas como para encontrarse en un punto muy por encima del templo.

Capítulo 12

Platón

... una añoranza de regresar a la verdadera morada del alma...

A la mañana siguiente, Sofía se despertó de golpe. Sólo eran poco más de las cinco, pero se sentía tan despejada que se sentó en la cama. ¿Por qué llevaba el vestido puesto? De repente, recordó todo. Sofía se subió a un escabel y miró el estante superior del armario. Pues si, allí estaba la cinta de vídeo. Entonces, no había sido un sueño; al menos, no todo. ¡Pero no podía haber visto a Platón y a Sócrates! Bah, ya no tenía ganas de pensar más en ello. Quizás su madre tuviera razón en que estaba un poco ida últimamente. No consiguió volverse a dormir. quizás debería bajar al Callejón, a ver si el perro había dejado otra carta. Sofía bajó la escalera de puntillas, se puso las zapatillas de deporte, y salió al jardín. Todo estaba maravillosamente luminoso y tranquilo. Los pajarillos cantaban con tanta energía que Sofía estuvo a punto de echarse a reír. Por la hierba se deslizaban las minúsculas gotas de cristal del rocío de la mañana. Un vez más se le ocurrió pensar que el mundo era un increíble milagro. Se notaba humedad dentro del viejo seto. Sofía no vio ningún sobre nuevo del filósofo, pero, de todos modos, secó un tocón

muy grande y se sentó. Se acordó de que el Platón del vídeo le había dado unos ejercicios. Primero, algo sobre cómo un pastelero era capaz de hacer cincuenta pastas totalmente iguales. Sofía tuvo que pensarlo mucho, porque le parecía una verdadera hazaña poder hacer cincuenta pastas iguales. Cuando su madre, alguna que otra vez, hacía una bandeja de rosquillas berlinesas, ninguna salía completamente idéntica a otra. Claro, que no era una pastelera profesional, pues a veces lo hacía sin mucha dedicación. Pero tampoco las pastas que compraban en la tienda eran totalmente iguales entre sí.

Capítulo 13 La Cabaña del Mayor

... la muchacha del espejo guiñó los dos ojos...

Sólo eran las siete y cuarto. No había que darse prisa para llegar a casa. La madre de Sofía dormiría aún un par de horas; los domingos se hacía siempre la remolona. ¿Debería internarse más en el bosque para ver si encontraba a Alberto Knox? ¿Pero por qué el perro le había gruñido así? Sofía se levantó del tocón y comenzó a andar por el sendero por el que Hermes se había alejado. En la mano llevaba el sobre amarillo con todas las hojas sobre Platón. Por un par de sitios el sendero se dividía en dos, y en esos casos, seguía por el más ancho. Por todas partes piaban los pájaros, en los árboles y en el aire, en arbustos y matas, muy ocupados en el aseo matinal. Ellos no distinguían entre días laborables y días festivos, ¿pero quién había enseñado a los pájaros a hacer todo lo que hacían? ¿Tenían un pequeño ordenador por dentro, “un programa de ordenador” que les iba diciendo lo que tenían que hacer? Una piedra rodó por un montículo y bajó a mucha velocidad por la vertiente entre los pinos. El bosque era tan tupido en ese lugar que Sofía apenas veía un par de metros entre los árboles. De repente, vio algo que brillaba entre los troncos de los pinos. Tenía que ser una laguna. El sendero iba en dirección contraria, pero Sofía se metió entre los árboles. No sabía exactamente por qué, pero sus pies la llevaban. La laguna no era mucho mayor que un estadio de fútbol. Enfrente, al otro lado, descubrió una cabaña pintada de rojo en un pequeño claro del bosque, enmarcado por troncos blancos de abedul. Por la chimenea subía un humo fino.

Sofía se acercó hasta el borde del agua. Todo estaba muy mojado, pero pronto vio una barca de remos, que estaba medio varada en la orilla. Dentro de la barca había un par de remos. Sofía miró a su alrededor. De todos modos, sería imposible rodear la laguna y llegar a la cabaña roja con los pies secos. Se acercó decidida a la barca y la empujó al agua. Luego se metió dentro, colocó los remos en las horquillas y empezó a remar. Pronto alcanzó la otra orilla. Atracó e intentó llevarse la barca. Este terreno era mucho más accidentado que la orilla que acababa de dejar.

Capítulo 14 Aristóteles

... un hombre meticuloso que quiso poner orden en los conceptos de los seres humanos...

Mientras su madre dormía la siesta, Sofía se fue al Callejón. Había metido un terrón de azúcar en el sobre rosa y había escrito “Para Alberto” fuera. No había llegado ninguna carta nueva, pero un par de minutos más tarde Sofía oyó que el perro se acercaba. -¡Hermes! -llamó Sofía, y al instante el perro se metió de un salto en el Callejón, llevando un gran sobre amarillo en la boca-. ¡Buen perro! Sofía puso un brazo alrededor de Hermes, que respiraba jadeante. Ella sacó el sobre rosa con el terrón de azúcar y se lo metió en la boca. Hermes salió del Callejón y se dirigió de nuevo al bosque. Sofía estaba un poco nerviosa cuando abrió el sobre. ¿Diría algo sobre la cabaña y la barca?

Filósofo y científico

Querida Sofía. Seguramente estarás asombrada por la teoría de las Ideas de Platón. No eres la primera. No sé si te lo has creído todo, o si también has hecho algunas objeciones críticas. En ese caso, puedes estar segura de que las mismas objeciones fueron hechas por Aristóteles (384-322 a. de C.), que fue alumno de la Academia de Platón durante 20 años. Aristóteles no era ateniense. Provenía de Macedonia y llegó a la Academia de Platón cuando éste tenía 61 años. Era hijo de un reconocido médico y, por consiguiente, científico. Este hecho dice ya algo del proyecto filosófico de Aristóteles. Lo que más le preocupaba era la naturaleza viva. No sólo fue el último gran filósofo griego; también fue el primer gran biólogo de Europa. Podríamos

decir que Platón estuvo tan ocupado con «los moldes» o «Ideas eternas», que no había reparado en los cambios en la naturaleza. Aristóteles, en cambio, se interesaba precisamente por esos cambios, o lo que hoy en día llamamos «procesos de la naturaleza».

Capítulo 15

El helenismo

.... una “chispa de la hoguera” ...

El profesor de filosofía había empezado a enviar las cartas directamente al viejo seto, pero por costumbre Sofía echó un vistazo al buzón el lunes por la mañana. Estaba vacío. No podía esperar otra cosa. Empezó a bajar el Camino del Trébol. De pronto descubrió una fotografía en el suelo. Era una foto de un jeep blanco con una bandera azul. En la bandera ponía “ONU”. ¿No era la bandera de las Naciones Unidas? Sofía miró el dorso de la foto y descubrió por fin que era una postal. A “Hilde Møller Knag c/o Sofía Adnundsen.....” Llevaba un sello noruego y un matasellos del batallón de Naciones Unidas, viernes 15 de junio 1990.

Sofía se quedó como pegada al asfalto. ¿Qué fecha tenía el matasellos de la postal anterior? Algo en su subconsciente le estaba diciendo que también la postal con la foto de una playa tenía fecha del mes de junio, aunque faltaba todavía un mes entero. No había mirado bien... Miro el reloj y volvió a toda prisa a casa. Hoy tendría que llegar un poco tarde al colegio, no tenía otro remedio. Abrió con la llave y subió corriendo a su cuarto, donde buscó la primera postal para Hilde debajo del pañuelo rojo de seda. Pues sí, también esta postal llevaba el matasellos de la de junio. ¡El día del cumpleaños de Sofía el día antes de la llegada de las vacaciones de verano! Pensaba intensamente mientras corría hacia el Centro comercial, donde se encontraría con Jorunn.

¿Quién era Hilde? ¿Cómo era posible que el padre de esa chica diera más o menos por sentado que Sofía conocería a Hilde? En todo caso no parecía lógico que enviara las postales a Sofía, en lugar de enviarlas directamente a su hija.

¿Se trataba de una broma? ¿Quería sorprender a su hija en el día de su cumpleaños utilizando a una chica totalmente desconocida como detective y cartero? ¿Por eso le había

dado un mes de ventaja? ¿La razón de utilizarla a ella como intermediaria podría ser que deseaba regalarle a su hija una nueva amiga? ¿Sería ése el regalo que “duraría toda la vida”?

Capítulo 16 Las postales

... me impongo n mi mismo una severa censura...

Pasaron unos días sin que Sofía recibiera más cartas del profesor de filosofía. El jueves era 17 de mayo, y también tenían libre el 18. De camino a casa el 16 de mayo, Jorunn dijo de repente: –¿Nos vamos de acampada? Lo primero que pensó Sofía era que no podía ausentarse demasiado tiempo de su casa. Recapacitó. –Por mí vale. Un par de horas más tarde Jorunn llegó a casa de Sofía con una gran mochila. Sofía también había hecho la suya; y ella era la que tenía la tienda de campaña. También se llevaron sacos de dormir y ropa de abrigo, colchonetas y linternas, grandes termos con té y un montón de cosas ricas para comer. Cuando la madre de Sofía llegó a casa a las cinco, les dio una serie de consejos sobre lo que debían y no debían hacer. Además exigió saber dónde iban a acampar.

Contestaron que pondrían la tienda en el Monte del Urogallo. A lo mejor oirían cantar a los urogallos a la mañana siguiente. Sofía tenía también una razón oculta para acampar justamente en ese sitio. Si no se equivocaba, no había mucha distancia entre el Monte del Urogallo y la Cabaña del Mayor. Había algo que le atraía de aquel sitio, pero no se atrevería a ir allí sola. Tomaron el sendero que había junto a la verja de Sofía. Las dos chicas hablaron de muchas cosas; para Sofía era un alivio poder relajarse de todo lo que tenía que ver con la filosofía. Antes de las ocho ya habían levantado la tienda en un claro junto al Monte del Urogallo. Habían preparado sus lechos para la noche y extendido los sacos de dormir.

Un poco más tarde se encontraban delante del pequeño lago. Sofía miraba hacia la cabaña. Estaba cerrada con postigos en las ventanas. La cabaña roja tenía un aspecto de abandono total. Jorunn miró a su alrededor. –¿Vamos a tener que andar sobre el agua? –preguntó. –Qué va, vamos a remar. Sofía señaló el cañaveral. Allí estaba la barca, exactamente donde la otra vez

Capítulo 17

Dos civilizaciones

... solamente así evitarás flotar en el vacío...

Ya no queda mucho para que nos veamos, mi querida Sofía. Contaba con que volverías a la Cabaña del Mayor, por eso dejé allí todas las postales del padre de Hilde. Era la única manera de que Hilde las recibiera. No te esfuerces en averiguar cómo podrá hacérselas llegar. Habrán pasado muchas cosas antes del 15 de junio. Hemos visto cómo los filósofos del helenismo desmenuzaban a los viejos filósofos griegos. Hubo además ciertas tendencias a convertirlos en fundadores de religiones. Plotino no estuvo muy lejos de rendir culto a Platón como el salvador de la humanidad. Pero sabemos que hubo otro salvador que nació justo en el período que acabamos de estudiar, aunque viniera de la región grecorromana. Estoy pensando en Jesús de Nazaret. En este capítulo veremos cómo el cristianismo fue penetrando poco a poco en el mundo grecorromano, más o menos de la misma manera en que el mundo de Hilde ha comenzado a penetrar en nuestro mundo. Jesús era judío, y los judíos pertenecen a la civilización semítica. Los griegos y los romanos pertenecen a la civilización indoeuropea. Por lo tanto, podemos constatar que la civilización europea tiene dos raíces. Antes de examinar más de cerca cómo el cristianismo se va mezclando poco a poco con la cultura grecorromana, veamos las dos raíces. Indoeuropeos Por «indoeuropeos» entendemos todos los países y culturas que hablan lenguas indoeuropeas. Todas las lenguas europeas, excepto las ugrofinesas (lapón, finés, estoniano y húngaro) y el vascuence, son indoeuropeas. También la mayor parte de las lenguas índicas e iraníes pertenecen a la familia lingüística indoeuropea. Hace unos 4. 000 años los indoeuropeos primitivos habitaron las regiones alrededor del Mar Negro y del Mar Caspio. Pronto se inició una migración de tribus indoeuropeas hacia el sureste, en dirección a Irán y la India; hacia el suroeste, en dirección a Grecia, Italia y España; hacia el oeste a través de Centro-Europa hasta Inglaterra y Francia; en dirección noroeste hacia el norte de Europa y en dirección norte hasta Europa del Este y Rusia. En los lugares donde llegaron los indoeuropeos, se mezclaron con las culturas preindoeuropeas, pero la religión y la lengua indoeuropeas jugarían un papel predominante.

Capítulo 18

La Edad Media

... recorrer una parte del camino no significa equivocarse de camino...

Transcurrió una semana sin que Sofía supiera nada más de Alberto Knox. Tampoco recibió más postales del Líbano, pero hablaba constantemente con Jorunn de las que habían encontrado en la Cabaña del Mayor. Jorunn estaba muy nerviosa, pero al no suceder nada más, el susto iba quedando olvidado entre los deberes y el badminton. Sofía repasó las cartas de Alberto muchas veces para ver si encontraba algo que pudiera arrojar alguna luz sobre Hilde y todo lo que tenía que ver con ella. De esa forma también tuvo la oportunidad de digerir la filosofía de la Antigüedad. Ya no le costaba ningún trabajo distinguir entre Demócrito y Sócrates, Platón y Aristóteles. El viernes 25 de mayo estaba en la cocina haciendo la comida para su madre, a punto de volver del trabajo. Eso era lo acordado para los viernes. Ese día preparaba una sopa de sobre de pescado, con albóndigas y zanahorias. Muy sencillo. Había empezado a soplar el viento. Mientras removía la sopa, Sofía se volvió hacia la ventana y miró fuera. Los abedules se balanceaban como espigas de trigo. De repente algo golpeó el cristal de la ventana. Sofía se volvió de nuevo y descubrió un trozo de cartón pegado en el vidrio. Se acercó a la ventana y vio que era una postal. A través del cristal pudo leer: “Hilde Møller Knag c/o Sofía Amundsen... “ Justo lo que había pensado. Abrió la ventana y recogió la postal. ¿Habría llegado volando desde el Líbano? También esta postal tenía fecha del viernes 15 de junio. Sofía quitó la cacerola de la placa y se sentó junto a la mesa de la cocina.

Sofía se inclinó sobre la mesa. Estaba agotada. Desde luego que no entendía nada. ¿Lo entendería Hilde? Si el padre de Hilde le enviaba saludos a Sofía, significaba que Hilde sabía más de Sofía que Sofía de Hilde. Todo resultaba tan complicado que Sofía volvió a las cacerolas. Una postal que se posa en la ventana así como así. Correo aéreo, en el verdadero sentido de la palabra. En cuanto hubo vuelto a poner la cacerola en la placa, sonó el teléfono.

¡Ojalá fuera papá! Si volviera a casa le contaría todo lo que le había sucedido en las últimas semanas. No, sería Jorunn o mamá... Sofía corrió hasta el aparato. –Sofía

Amundsen.

Capítulo 19 El Renacimiento

... oh stirpe divina vestida de humano...

Jorunn estaba en el jardín delante de su casa amarilla cuando sobre la una y media Sofía llegó sin aliento hasta la verja. –¡Has estado fuera más de nueve horas! – exclamó Jorunn Sofía negó con la cabeza. –He estado fuera más de mil años. – ¿Pero dónde has estado? –Tenía una cita con un monje medieval. ¡Un tipo divertido. –Estás chiflada. Tu madre llamó hace media hora. –¿Qué le dijiste? –Dije que te habías ido al quiosco. –¿Y qué dijo ella? –Que la llamaras cuando volvieras. Lo peor fue lo de mis padres. A las nueve entraron en mi habitación con choco-late caliente y panecillos. Una de las camas estaba vacía. –¿Qué les dijiste? –No te puedes imaginar qué corte. Dije que te habías ido a casa porque nos habíamos peleado. – En ese caso tenemos que darnos prisa y hacer las pa-ces. Y que tus padres no hablen con mi madre durante unos días. ¿Crees que lo conseguiremos? Jorunn se encogió de hombros. Al instante apareció el padre de Jorunn en el jardín con una carretilla. Se había pues-to un mono. Era evidente que se disponía a quitar las hojas caídas el año anterior –Así que aquí están las amiguitas –dijo–. Bueno, ya no queda ninguna hoja. –Qué bien –replicó Sofía–, Entonces quizás podamos tomar un café, ya que no pudimos desayunar. El padre sonrió forzosamente, y Jorunn se sobresaltó. En casa de Sofía siempre habían sido algo más informales que en la del asesor financiero, señor Ingebrigtsen y señora. –Lo siento, Jorunn –dijo Sofía–. Pero yo también de-bo participar en esta operación de camuflaje. –¿Vas a contarme algo? –Si me acompañas a casa. De todos modos ése no es asun-to de asesores financieros o muñecas Barbie entradas en años. –Qué asquerosa eres. ¿Acaso es mejor un matrimonio que cojea y manda a una de las partes al mar? –Seguro que no. Pero yo no he dormido casi esta noche, y además me pregunto si Hilde será capaz de ver todo lo que hacemos. Habían empezado a caminar hacia la casa de Sofía. –¿Quieres decir que es vidente? –Quizás sí. O quizás no. Era evidente que a Jorunn no le hacían gracia todos aquellos secretos.

Capítulo 20

La época barroca

... del mismo material del que se tejen los sueños.

Pasaron unos días sin que Sofía supiera nada de Alberto, pero miraba en el jardín varias veces al día para ver si venía Hermes. Había contado a su madre que el perro encontró el camino de vuelta por su cuenta y que el dueño la había invitado a entrar en su casa, que era un viejo profesor de física y que le había explicado el sistema solar y la nueva ciencia que surgió en el siglo XVI. A Jorunn le contó más cosas: la visita a casa de Alberto la postal en el portal y las diez coronas que encontró de camino a casa. El martes 29 de mayo Sofía estaba en la cocina secando los cacharros mientras su madre se había ido al salón para ver el telediario. De repente oyó en la televisión que un mayor del batallón noruego de las Naciones Unidas había sido alcanzado y matado por una granada. Sofía dejó caer el trapo de secar sobre el banco de la cocina y corrió al salón. Durante unos instantes pudo ver la foto del soldado de las Naciones Unidas en la pantalla antes de que el telediario pasara a otros temas. –¡Oh no! –exclamó. La madre se volvió hacia su hija. –Pues sí, la guerra es cruel. Entonces Sofía se echó a llorar. –Pero Sofía, hija, no te lo tomes así. –¿Dijeron su nombre? –Sí, pero no me acuerdo. Era de Grimstad, creo. –Eso es lo mismo que Lillesand, ¿verdad? –¿Qué cosas dices! –Si eres de Grimstad a lo mejor vas al colegio en Lillesand. Ya no lloraba. Ahora fue la madre la que reaccionó. Se levantó del sillón y apagó la televisión. –¿Qué tonterías estás diciendo, Sofía? –No es nada... –¡Sí, algo pasa! Tienes un amigo, y empiezo a pensar que es muchísimo mayor que tú. Contéstame, ¿conoces a algún hombre que esté en el Líbano? –No, no exactamente... –¿Has conocido al hijo de alguien que está en el Líbano? Que no, que no he dicho. Ni siquiera he conocido a su hija. –¿A la hija de quién? –No es asunto tuyo. –¿Ah no? –Quizás debería yo empezar a hacerte preguntas a ti. ¿Por qué no está papi nunca en casa? ¿Es porque sois demasiado cobardes para divorciaros? ¿O es que tienes un amigo secreto? Etcétera, etcétera, etcétera. Las dos podemos ponernos a preguntar. –Creo que es necesario que hablemos. –Puede ser. Pero ahora estoy tan cansada y tan agotada que me voy a acostar. Además me ha venido la regla. Y subió corriendo a su habitación, a punto de echarse a llorar. En cuanto se hubo lavado y metido bajo el

edredón, la madre entró en su habitación. Sofía se hizo la dormida, aunque sabía que su madre no se lo iba a creer. Se dio cuenta de que su madre tampoco creía que Sofía pensara que su madre creía que estaba dormida. Pero también la madre hizo como si Sofía durmiera. Se quedó sentada en el borde de la cama acariciándole la nuca.

Capítulo 21

Descartes

quería retirar todo el viejo material de construcción

Alberto se levantó para quitarse la capa roja que puso sobre una silla, y se volvió a acomodar en el sofá. –René Descartes nació en 1596 y vivió una vida errante por Europa. Desde muy joven había nutrido una fuerte esperanza de conseguir conocimientos seguros sobre la naturaleza de los hombres y del universo. Pero después de haber estudiado filosofía se convenció cada vez más de su propia ignorancia. –¿Más o menos como Sócrates? –Mas o menos como él, sí. Como Sócrates, estaba con-vencido de que sólo nuestra razón puede proporcionarnos co-nocimientos seguros. No podemos fiarnos de lo que dicen los viejos libros. Ni siquiera podemos fiarnos de lo que nos dicen nuestros sentidos. –Así pensó Platón, también él opinó que sólo la razón nos puede proporcionar conocimientos seguros. –Exacto. Hay una línea que va desde Sócrates y Platón y que pasa por San Agustín antes de llegar a Descartes. Todos estos filósofos fueron racionalistas. Opinaban que la razón es la única fuente segura de conocimiento. Tras extensos estudios, Descartes llegó a la conclusión de que los conocimientos que se habían heredado de la Edad Media no eran necesariamente de fiar. En este punto quizás podríamos compararlo con Sócrates, que no se fiaba de las opiniones corrientes con las que solía encontrarse en la plaza de Atenas. ¿Y entonces qué hace uno, Sofía, me lo puedes decir? –Entonces uno empieza a filosofar por cuenta propia. –Justamente. Descartes decidió empezar a viajar por Europa, de la misma manera que Sócrates empleó su vida en conversar con las gentes de Atenas. Descartes nos cuenta que a partir de entonces sólo buscará aquella ciencia que pueda en-contrar en él mismo o en el «gran libro del mundo». Se adhirió por tanto al servicio de la guerra, que le llevó a varios lugares de Centroeuropa. Más adelante vivió unos años en París, pero en 1629 se fue a Holanda, donde vivió casi 20 años trabajando en sus tratados filosóficos.

CAPITULO 22

Spinoza

Llevaban mucho tiempo sentados sin decir nada. Al final Sofía dijo algo sólo para desviar los pensamientos de Alberto. –Descartes debió de ser una persona muy singular. ¿Se hizo famoso? Alberto respiró hondo un par de veces antes de contestar –Ejerció una gran influencia. Lo más importante quizás fue la influencia que tuvo sobre otro gran filósofo. Me refiero al holandés Baruch Spinoza, que vivió de 1632 a 1677. –¿Vas a hablar también de él? –Así lo tenía planeado, sí. No nos dejemos detener por provocaciones militares. –Soy todo oídos. –Spinoza pertenecía a la comunidad judía de Amsterdam, pero pronto fue excomulgado y expulsado de la sinagoga por heterodoxo. Pocos filósofos en la era moderna han sido tan calumniados y perseguidos por sus ideas como este hombre. Incluso fue víctima de un intento de asesinato. La causa era sus críticas a la religión oficial. Pensaba que lo único que mantenía vivo tanto al cristianismo como al judaísmo eran los dogmas anticuados y los ritos externos. Fue el primero en emplear lo que llamamos una visión «crítico-histórica» de la Biblia. –¡ Explícate! –Negó que la Biblia estuviera inspirada por Dios. Cuando leemos la Biblia debemos tener siempre presente la época en la que fue escrita. Una lectura crítica de este tipo también revelará una serie de discrepancias entre las distintas escrituras. No obstante bajo la superficie de las escrituras del Nuevo Testamento, nos encontramos a Jesús, que muy bien puede ser denominado el portavoz de Dios. Porque la predicación de Jesús representó precisamente una liberación del anquilosado judaísmo. Jesús predicó una religión de la «razón» que ponía el amor sobre todas las cosas, y aquí Spinoza se refiere tanto al amor a Dios como al amor al prójimo. Pero el cristianismo también quedó pronto anquilosado en dogmas fijos y ritos externos.

Entiendo que ideas como éstas no fueran fácilmente aceptadas por las iglesias y sinagogas. –Cuando la situación se agravó, Spinoza fue abandonado incluso por su propia familia, que intentó desheredarle debido a su heterodoxia. Lo paradójico es que pocos han hablado tanto a favor de la libertad de expresión y de la tolerancia religiosa como Spinoza. Toda esa oposición con la que se topó dio lugar a que viviera una vida tranquila enteramente dedicada a la filosofía. Para ganarse el sustento pulía vidrios ópticos. Algunas de esas lentes son las que están ahora en mi poder.

CAPITULO 23

Locke

Sofía Hegó a casa a las ocho y media, hora y media des-pués de lo acordado, que en realidad no había sido ningún acuerdo; simplemente se había saltado la comida y dejado una nota a su madre diciendo que volvería a las siete como muy tarde. -Así no podemos seguir; Sofía. He tenido que llamar a Información para preguntar si había algún Alberto en el casco viejo. Se rieron de mí.

La hija de ese que está en el Líbano. Creo que es un verdadero granuja. Tal vez controle el mundo entero... -Si no me presentas inniediamente a ese Alberto, te prohíbo que lo vuelvas a ver. No estaré segura hasta no haber visto su aspecto. De repente, a Sofía se le ocurrió una idea. Subió corriendo a su habitación. -¿Pero qué te pasa? -gritó la madre por la escalera. Sofía volvió enseguida al salón. -Ahora mismo vas a ver qué aspecto tiene. Y entonces espero que me dejes en paz. Y con una cinta de video en la mano, se acercó al televiso -¿Te ha dado una cinta de vídeo? -De Atenas... Las imágenes de la Acrópolis comenzaron a aparecer en la pantalla. La madre se sentó, muda de asombro cuando Alberto apareció en la pantalla y comenzó a dirigirse directamente a Sofía. Solía también se fijó en algo que ya tenía olvidado. En la Acrópolis había muchísima gente de diversas agencias de viajes. En medio de uno de los grupos se veía un pequeño cartel en el que ponía HILDE.

Alberto prosiguió su paseo por la Acrópolis. Luego bajó por la parte de la entrada y se colocó en el monte del Areópago, desde donde San Pablo había hablado a los atenienses. Continuó hablando a Sofía desde la antigua plaza. La madre seguía sentada comentando el vídeo con frases entrecortadas. -Increíble... ¿ése es Alberto? De él viene lo de ese conejo. Bueno. pues sí, realmente te está hablando a ti, Sofía. Yo no sabía que San Pablo hubiera estado en Atenas... El vídeo se estaba aproximando al punto en el que la antigua Atenas renace de repente de las ruinas. Sofía se apresuró a parar la cinta en el último momento. Ya le había presentado a su madre a Alberto, no haría falta presentarle también a Platón. Se hizo un silencio total en el salón.

CAPITULO 24

Hume

Alberto se quedó sentado mirando la mesa. Una vez se volvió para mirar por la ventana. – Se está nublando –dijo Sofía. –Sí, hace bochorno. ¿Vas a hablarme ahora de Berkeley? Él fue el siguiente de los tres empiristas británicos. Pero ya que en muchos sentidos pertenece a una categoría aparte, nos centraremos antes en David Hume, que vivió de 1711 a 1776. Su filosofía ha pasado a ser la más importante entre los empiristas. Su importancia se debe también en parte al hecho de que fue él quien inspiró al gran filósofo Immanuel Kant. ¿No importa que me interese más la filosofía de Berkeley, verdad? –No, no importa. Hume se crió en Escocia, en las afueras de Edimburgo. Su familia quería que fuera abogado, pero él mismo dijo que sentía una resistencia infranqueable hacia todo lo que no era filosofía y enseñanza. Vivió en la época de la Ilustración, al mismo tiempo que grandes pensadores franceses como Voltaire y Rousseau, y viajó mucho por Europa antes de establecerse de nuevo en Edimburgo. Su obra más importante, Tratado acerca de la naturaleza humana, se publicó cuando Hume tenía veintiocho años. Pero él mismo dijo que a los quince años ya tenía la idea del libro. Entonces debo darme prisa. Tú ya estás en marcha. Pero si yo fuera a hacer mi propia filosofía sería bastante diferente a todo lo que he oído hasta ahora. – ¿Hay algo que hayas echado especialmente de menos? En primer lugar, todos los filósofos de los que he oído hablar son hombres. Creo que los hombres viven en su propio mundo. A mí me interesa más el mundo de verdad. El mundo de flores y animales y niños que nacen y crecen. Esos filósofos tuyos hablan constantemente del «ser humano» y ahora me habla otra vez de un tratado sobre la naturaleza humana.

Según Hume, ángel es un concepto compuesto. Consta de dos experiencias diferentes que no están unidas en la realidad, pero que, de todos modos, en la imaginación del hombre han sido conectadas. Se trata pues de una idea falsa que inmediatamente debe ser rechazada.

CAPITULO 25

Berkeley

Alberto se levantó y se dirigió a la ventana que daba a la ciudad. Sofía se puso a su lado. Estando así, un pequeño avión de hélices irrumpió en el aire, volando bajo sobre los tejados. De la avioneta colgaba una cinta en la que ponía: ¡FELICIDADES, HILDE!, EN TU DECIMOQUINTO CUMPLEAÑOS. –Qué pesado –fue el comentario de Alberto. Desde las colinas en el sur bajaban nubes oscuras sobre la ciudad. La avioneta desapareció en una de las nubes. –Me temo que va a haber tormenta dijo Alberto. Entonces cogí el autobús para ir a casa. –Espero que no sea ese mayor cl. que esté detrás de la tormenta también. ¿Pero no puede ser omnipotente, ¿no? Alberto no contestó. Cruzó la habitación y se volvió a sentar junto a la mesita. –Tenemos que hablar un poco de Berkeley –dijo al cabo de un rato. Sofía ya se había sentado. Se dio cuenta de que había empezado a morderse las uñas. George Berkeley fue un obispo holandés que vivió de 1685 a 1753 comenzó Alberto, sin luego continuar. Sí, Berkeley fue un obispo irlandés –repitió Sofía. Pero también era filósofo... Él sentía que la filosofía y la ciencia de la época esta-ban amenazando los conceptos cristianos de la nada, y que ese materialismo cada vez más dominante era una amenaza contra la fe cristiana en que es Dios quien crea y conserva todo lo que hay en la naturaleza. –Al mismo tiempo Berkeley fue el empirista más consecuente de todos. ¿También opinaba que no podemos saber nada más del mundo que lo que percibimos a través de nuestros sentidos? Y más que eso. Berkeley opinaba que las cosas en el mundo son precisamente como las sentimos, pero que no son cosas. Explícame eso, por favor. – Recordarás que Locke había señalado que no podemos pronunciarnos sobre las «cualidades secundarias» de las cosas. No podemos decir que una manzana es verde o está ácida.

Precisamente eso es lo que Berkeley pone en duda, y lo hace practicando un empirismo consecuente. Dijo que lo único que existe es lo que nosotros percibimos.

CAPITULO 26

Bjerkely

Hilde Møller Knag se despertó en la buhardilla de la vie-ja villa en las afueras de la pequeña ciudad de Lillesand. Miró el reloj. Sólo eran las seis, y sin embargo era totalmente de día. Una ancha franja de sol matutino cubría va casi toda la pared. Salió de la cama y se acercó a la ventana tras haber arrancado una hoja del calendario que había sobre el escritorio. Jueves 14 de junio de 1990. Hizo una bolita con la hoja y la tiró a la papelera. Viernes 15 de junio de 1990, ponía ya muy claramente en el calendario. Ya en enero había escrito «QUINCE AÑOS» en esta hoja. Le pareció especialmente significativo cumplir quince años el día quince ¡Eso no volvería a sucederle nunca! ¡Quince años! ¿No sería ése el primer día de su vida de «adulta»? No podía volverse a la cama como si nada. Además, era el último día de colegio antes de las vacaciones. Hoy sólo tenían que ir a la iglesia a la una. Y había algo más: dentro de una semana volvería papá del Líbano. Había prometido estar en casa para San Juan. Hilde se colocó junto a la ventana y miró el jardín y el muelle y la pequeña caseta donde se guardaba la barca. Aún no habían sacado la barca de motor, pero el viejo bote estaba amarrado en el muelle. Tenía que acordarse de achicar el agua después de la fuerte lluvia de anoche. Mirando la pequeña bahía se acordó de pronto de que una vez, cuando tenía seis o siete años, se metió en el bote y se fue remando sola hacia el mar. Luego se cayó al agua y a duras penas pudo llegar a la playa. Calada hasta los huesos subió por los matorrales. Cuando por fin estuvo en el jardín, delante de la casa, su madre llegó corriendo. El bote y los dos remos se habían quedado flotando en el agua. Todavía soñaba de vez en cuando con el bote abandonado flotando allí fuera solo. Había sido una experiencia humillante. Fijardín no era especialmente frondoso, ni estaba especialmente bien cuidado, pero era grande y era de Hilde. Un manzano doblado por el viento y unos pocos frambuesos que casi no tenían frutos habían sobrevivido a duras penas a los fuertes temporales del invierno.

CAPITULO 27

La Ilustración

Hilde había empezado a leer el capítulo sobre el Renacimiento cuando de pronto oyó la puerta de abajo. Miró el reloj. Eran las cuatro. La madre subió la escalera corriendo y abrió la puerta. ¿No has estado en la iglesia? –Sí, sí. –Pero... ¿con qué ropa? –Con la que llevo ahora. ¿En camisón? –Mmm. he estado en la Iglesia de María. ¿La Iglesia de María? –Es una vieja iglesia de la Edad Media. –¡Hilde! Dejó la carpeta y miró a su madre. –Me olvidé de la hora, mamá. Lo siento, pero estoy leyendo algo apasionante, ¿sabes? La madre no pudo sino sonreír; Es un libro mágico, añadió Hilde. Bueno, bueno. Y una vez más: felicidades, Hilde. ¡No sé si soporto ya más felicitaciones! Pero yo no... Bueno, me voy a acostar un rato, y luego haré una cena estupenda. He comprado fresones. Yo seguiré leyendo. La madre desapareció y Hilde siguió leyendo. Sofía acompañó a Hermes a través de la ciudad. En el Portal de Alberto encontró una nueva postal del Líbano fechada el 15. 6. De pronto entendió el sistema de las fechas. Las Postales fechadas antes del 15 de junio eran «copias» de postales que Hilde ya había recibido. Las que llevaban la fecha de hoy sólo le llegaban mediante la carpeta de anillas. Querida Hilde. Sofía está llegando a casa del Profesor de filosofía. Ella pronto cumplirá quince años, pero tú ya los cumpliste ayer ¿O es hoy, Hilde cita? Si es hoy será muy adentrado el día... Hilde leyó cómo Alberto explicaba a Sofía el Renacimiento y la nueva ciencia, los racionalistas del siglo XVII y el empirismo británico.

Reaccionó varias veces al encontrarse con nuevas postales y felicitaciones que su padre había pegado a las narraciones. Había conseguido que esos comunicados se cayesen de cuadernos, apareciesen en el interior de un plátano y se metieran dentro de un ordenador. Sin costarle el más mínimo esfuerzo conseguía que Alberto tuviera lapsus al hablar y llamara Hilde a Sofía.

CAPITULO 28

Kant

Sofía volvió a dejar la carta del padre de Hilde sobre la repisa de la chimenea. Lo de las Naciones Unidas puede ser muy importante dijo Alberto, pero no me gusta que se meta en mis explicaciones. No te lo tomes muy a pecho. –A partir de ahora ignoraré pequeños fenómenos como monstruos marinos y cosas así. Vamos a sentarnos aquí delante de la ventana. Te hablaré de Kant. Sofía descubrió un par de gafas sobre una pequeña mesa entre dos sillones. También se dio cuenta de que las dos lentes eran rojas. ¿Eran una especie de gafas de sol? Son casi las dos-dijo. Tengo que estar en casa antes de las cinco. Mamá seguramente tiene planes para el cumpleaños. –Entonces tenemos tres horas. Empieza. Immanuel Kant nació en 1724 en la ciudad de Königsberg, al este de Prusia. Era hijo de un guarnicionero. Vivió casi toda su vida en su ciudad natal, donde murió a los 80 años. Venía de un hogar severamente cristiano. Muy importante para toda su filosofía fue también su propia religiosidad. Para él, como para Berkeley, era importante salvar la base de la fe cristiana. –De Berkeley ya he oído bastante, gracias. –De todos los filósofos de los que hemos hablado hasta ahora, Kant fue el primero que trabajó en una universidad en calidad de profesor de filosofía. Es lo que se suele llamar un filósofo profesional. ¿Filósofo profesional? –La palabra filósofo se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por filósofo se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un filósofo también puede ser un experto en filosofía, sin que él o ella haya elaborado necesariamente una filosofía propia. ¿Y Kant fue un filósofo profesional? Era ambas cosas. Si solamente hubiera sido un buen profesor, es decir, un experto en los pensamientos de otros filósofos no habría llegado a ocupar un lugar en la historia de la filosofía. Pero también es importante tener en cuenta que Kant tenía profundos conocimientos de la tradición filosófica anterior a él.

CAPITULO 29

El Romanticismo

Sofía se metió por el seto y de nuevo se encontró en ese gran jardín que una vez había comparado con el jardín del Edén... Ahora se dio cuenta de que había hojas y ramas sueltas por todas partes tras la tormenta de la noche anterior. Tenía la sensación de que existía una relación entre la tormenta y las ramas sueltas, por un lado, y el encuentro con Caperucita Roja y Winnie Pooh por el otro. Se fue al balancín y lo limpió de agujas de pino y ramas. Menos mal que tenía cojines de plástico, porque así no hacía falta meterlos en casa cada vez que caía un chaparrón. Entró en casa. Su madre acababa de volver, y estaba metiendo algunas botellas en la nevera. Sobre la mesa de la cocina había dos tartas. ¿Van a venir invitados? –preguntó Sofía. Casi se había olvidado de que era su cumpleaños. Haremos la gran fiesta en el jardín el sábado, pero me pareció que deberíamos celebrarlo hoy también. ¿Qué? He invitado a Jorunn y a sus padres. Sofía se encogió de hombros. – Como quieras. Los invitados llegaron un poco antes de la siete y media. El ambiente estaba tenso, porque la madre de Sofía no conocía muy bien a los padres de Jorunn. Sofía y Jorunn subieron a la habitación de Sofía a redactar la invitación para la fiesta del jardín. Ya que también iban a invitar a Alberto Knox, a Sofía se le ocurrió que podían llamarla «Fiesta filosófica en el jardín». Jorunn no protestó, pues la fiesta era de Sofía, y últimamente se habían puesto muy de moda las llamadas fiestas temáticas. Por fin acabaron de redactar la invitación. Habían tardado dos horas y estaban muertas de risa.

Bajaron para reunirse con los mayores, que ahora charlaban con un poco más de soltura que cuando Sofía y Jorunn se refugiaron en el piso de arriba. Sofía le dio la invitación, que estaba escrita con una estilográfica, a su madre. Anda, por favor, dieciocho copias –dijo. A veces le pedía a su madre que le sacara alguna fotocopia en el trabajo. La madre repasó rápidamente la invitación, y luego se la dio al asesor fiscal.

CAPITULO 30

Hegel

Hilde dejó caer con un chasquido la carpeta al suelo, y se quedó tumbada en la cama mirando al techo, donde había algo que daba vueltas. Papá sí que había conseguido marearla. ¡El granuja! ¿Cómo podía hacer algo Sofía había intentado hablarle directamente a ella? Le pedía que se revelara contra su padre. Y de hecho había conseguido sembrar en ella una idea. Un plan. Sofía y Alberto no tenían posibilidad de hacerle ni un rasguño a su padre. Pero Hilde sí podía. De esta manera le sería posible a Sofía acercarse a su padre a través de ella. Estaba de acuerdo con Sofía y Alberto en que Albert había ido demasiado lejos en su juego con imágenes de sombras. Aunque sólo se había inventado a Alberto y a Sofía, había límites en las manifestaciones de poder que podía permitirse. ¡Pobres Sofía y Alberto! Estaban tan indefensos ante las fantasías del mayor como la pantalla del cine ante el proyector Hilde si iba a dar un escarmiento a su padre cuando volviera. Estaba planeando ya la broma que le iba a gastar. Se fue hacia la ventana y miró la bahía.

Alberto y Sofía se habían sentado cada uno en su sillón delante de la ventana que daba al pequeño lago. Georg Wilhelm Friedrich Hegel fue un verdadero hijo del Romanticismo comenzó Alberto. Casi se puede decir que siguió el espíritu alemán conforme éste se iba desarrollando en Alemania. Nació en Stuttgart en 1770 y comenzó a estudiar teología en Tubinga a los 18 años. A partir de 1799 colaboró con Schelling en Jena, justo cuando el movimiento romántico se encontraba en su florecimiento más explosivo. Después de ser profesor en Jena fue nombrado catedrático en Heidelberg, que era el centro del Romanticismo nacional alemán.

Fue nombrado catedrático en Berlín en 1818, precisamente en la época en la que esta ciudad estaba a punto de convertirse en un centro espiritual de Alemania. Murió de cólera en el mes de noviembre de 1831, pero para entonces el “hegelianismo» ya contaba con una gran adhesión en casi todas las universidades de Alemania. –De modo que llegó a vivirlo casi todo.

CAPITULO 31

Kierkegaard

De repente Solía oyó que alguien llamaba a la puerta. Alberto le lanzó una severa mirada. No nos dejemos interrumpir. Volvieron a sonar los golpes en la puerta. –Te hablaré de un filósofo danés al que había escandalizado mucho la filosofía de Hegel dijo Alberto. De pronto llamaron con tanta fuerza que la puerta tembló, Seguro que es el mayor, que ha enviado a algún personaje fantástico para ver si nos dejamos engañar prosiguió Alberto. Esas cosas no le cuestan ningún esfuerzo. Pero si no abrimos para ver quién es, tampoco le costará ningún esfuerzo que tiren la casa. Quizás tengas razón. Supongo que tendremos que abrir. Se acercaron a la puerta. Como los golpes eran tan fuertes, Sofía esperaba encontrarse con una persona grande. Pero delante de la puerta sólo había una niña con un vestido de flores y el pelo largo y rubio. En la mano llevaba dos botellas, una roja y otra azul.

En ese instante pasó corriendo por la cabaña un conejo blanco, erguido sobre las patas traseras y vestido con chaleco y chaqueta. Se paró justo delante de la cabaña, sacó del chaleco un reloj de bolsillo y dijo: «Ay, ay, voy a llegar tarde». Y continuó la carrera. Alicia le siguió, pero antes hizo otra reverencia y dijo: -Ahora empieza de nuevo. -Da recuerdos a Dina y a la reina -gritó Sofía tras ella. Y Alicia desapareció. Alberto y Sofía se quedaron mirando las botellas. Bébeme y bébeme a mí también leyó Sofía. No sé si atreverme. Quizás sea veneno.

Alberto se limitó a encogerse de hombros. Pues viene del mayor y todo lo que procede de él es conciencia. Simplemente, zumo del pensamiento. Sofía desenroscó el tapón de la botella roja y se la acercó con cuidado a la boca. El zumo sabio dulce y algo extraño, pero eso era lo de menos. Al mismo tiempo comenzó a suceder algo con todo lo que había a su alrededor.

CAPITULO 32

Marx

Hilde se levantó de la cama y se puso junto a la ventana que daba a la bahía. Había empezado el sábado leyendo sobre el cumpleaños de Sofía. El día anterior había sido su propio cumpleaños. Si su padre había calculado que le iba a dar tiempo a leer hasta el cumpleaños de Sofía, había calculado muy por lo alto. No hizo otra cosa que leer durante todo el día anterior. Pero había tenido razón en que sólo faltaba por llegar una última felicitación. Era cuando Alberto y Sofía habían cantado Cumpleaños feliz. A Hilde le había dado un poco de vergüenza. Luego Sofía había hecho las invitaciones para su fiesta filosófica en el jardín, que se celebraría el mismo día en que el padre de Hilde regresaba del Líbano. Hilde estaba convencida de que ese día sucedería algo que ni ella ni su padre tenían bajo control. Una cosa sí era segura: antes de que su padre volviera a Berjerkely le daría un pequeño susto. Era lo menos que podía hacer por Sofía y Alberto. Le habían pedido ayuda. Su madre seguía en la caseta. Hilde bajó de puntillas al piso de abajo y fue a la mesita del teléfono. Buscó el teléfono de Anne y Ole en Copenhague y marcó todos los números, uno por uno.

Hilde pasó el resto de la tarde y noche con su madre. Fueron al cine a Kristiansand, porque tenían que recuperar un poco del día anterior, que no había sido un verdadero cumpleaños. Al pasar por la entrada del aeropuerto, Hilde colocó algunas piezas más en el rompecabezas que tenía presente constantemente. Por fin, cuando ya tarde se fue a acostar, pudo seguir leyendo en la gran carpeta de anillas. Eran casi las ocho cuando Sofía se metió por el Callejón.

Sofía no tenía ninguna respuesta a esa pregunta. Antes de sentarse a comer, dejó la nota en el armario junto con todas las demás cosas que había ido recogiendo durante las últimas semanas. Ya se enteraría de por qué le habían hecho esa pregunta.

CAPITULO 33

Darwin

El domingo por la mañana, un golpe seco despertó a Hilde. Era la carpeta de anillas, que había caído al suelo. Había estado tumbada en la cama leyendo acerca de Sofía y Alberto, que hablaban de Marx. Luego se había dormido boca arriba con la carpeta en el edredón. La lamparita que tenía sobre la cama había estado encendida toda la noche. El despertador en el escritorio marcaba las 8. 59 con cifras verdes. Había soñado con grandes fábricas y ciudades llenas de humo y hollín. Sentada en una esquina, una niña vendía cerillas. Gente bien vestida, con largos abrigos, simplemente había pasado flotando.

Al incorporarse en la cama se acordó de aquellos legisladores que despertarían en una sociedad hecha por ellos mismos. Ella podía estar contenta de vivir en Bjerkely. ¿Se habría atrevido a despertarse en Noruega sin saber en qué parte lo haría? Pero no sólo era cuestión del lugar donde despertaría. También podría haberse despertado en una época completamente distinta. En la Edad Media, por ejemplo, o en una sociedad de la Edad de Piedra de hace diez o veinte mil años. Hilde intentó imaginarse sentada delante de la puerta de una caverna. Tal vez estaría preparando una piel.

¿Como viviría una chica de quince años antes de que existiera lo que llamamos cultura? ¿Cómo habría pensado entonces? Hilde se puso un jersey, cogió la carpeta y se sentó para continuar la lectura de la larga carta de su padre.

Justo en el instante en que Alberto acababa de decir “final del capítulo, alguien llamó a la puerta de la Cabaña del Mayor ¿No tenemos opción, ¿verdad? dijo Sofía. Supongo que no gruñó Alberto. Fuera había un hombre muy viejo con pelo y larga barba blancos. En la mano derecha llevaba un bastón, y en la izquierda una gran lámina de un barco. A bordo de éste se podía ver toda clase de animales.

CAPITULO 34

Freud

Hilde Møller Knag se levantó de la cama de un salto, con la pesada carpeta de anillas en los brazos. Dejó la carpeta sobre el escritorio, cogió su ropa volando y se la llevó al baño, donde se metió unos minutos debajo de la ducha. Finalmente se vistió en un abrir y cerrar de ojos, y bajó corriendo a la cocina.

Salió de la casa y bajó a toda prisa por el jardín. Soltó la barca y se metió en ella de un salto. Empezó a remar. Dio una vuelta por toda la bahía a remo; al principio, estaba muy excitada, luego se fue calmando. ¡Nosotros somos el planeta vivo, Sofía! Somos el gran barco que navega alrededor de un sol ardiente en el universo. Pero cada uno de nosotros también es un barco que navega por la vida cargado de genes.

Se había escrito para ella; no para Sofía, sino para ella. Todo lo que había en la carpeta de anillas era una carta de papá a Hilde. Soltó los remos de las horquillas y los puso dentro. De esta manera la barca quedó balanceándose sobre el agua. Sonaban suaves chasquidos contra el fondo.

La barca flotaba en la superficie de una pequeña bahía en Lillesand, y ella misma no era más que una cáscara de nuez en la superficie de la vida.

Entonces igual podría decir que ella misma era simplemente una acumulación de compuestos proteínicos que en algún momento se habían unido en una pequeña charca. Pero ella era algo más. Era Hilde Møller Knag.

Claro que la gran carpeta de anillas era un regalo de cumpleaños fantástico. Y claro que su padre había dado en un núcleo eterno dentro de ella con este regalo. Pero lo que no le gustaba del todo era ese tono un poco descarado que utilizaba cuando hablaba de Sofía y Alberto. Pero Hilde le daría qué pensar ya en el viaje de vuelta a casa. Se lo debía a esos dos personajes. Hilde se imaginaba a su padre en el aeropuerto de Copenhague. Tal vez se quedará por allí vagando como un tonto.

CAPITULO 35

Nuestra época

El despertador marcaba las 23.55. Hilde se quedó tumbada mirando al techo, dejando que las asociaciones flotaran libremente. Cada vez que se paraba en medio de un círculo de pensamientos, se preguntaba por qué no podía seguir pensando en la misma línea. ¿Sería acaso algo que estaba intentando reprimir?

Cuanto más lograba relajarse y abrirse a los pensamientos e imágenes, más viva era la sensación de que se encontraba en la Cabaña del Mayor, junto al pequeño lago, en el bosque que rodeaba la cabaña.

De repente fue como si dentro de su cabeza estallara una caja de colores. Se acordó de lo que había soñado, pero era algo más que un sueño corriente; sus colores y su fondo eran completamente vivos. Había soñado que su padre volvía del Líbano, y todo el sueño había sido como una prolongación del sueño de Sofía en el que encontró su cruz de oro en el muelle. Hilde estaba sentada en el borde del muelle, exactamente como en el sueño de Sofía. Y una voz muy débil le susurró: Me llamo Sofía. Hilde se quedó sentada muy quieta para ver si podía enterarse de dónde venía la voz. Luego el ruido continuó como un débil rumor.

Era como si le estuviera hablando un insecto Pareces ciega y sorda. Al instante siguiente, su padre entro en el jardín, vestido con uniforme de las Naciones Unidas Hildecita la llamó, y Hilde se fue corriendo hacia él para echarse en sus brazos. Y entonces acabo el sueño. Cuando Sofía salió de la Cabaña del Mayor, aún pudo ver a algunos personajes de Disney junto al lago, pero era como si se fueran disolviendo conforme ella se iba acercando. Cuando llegó a la barca, ya habían desaparecido del todo. Mientras remaba, y una vez que hubo subido la barca entre los juncos de la otra orilla, gesticulaba y movía los brazos. Se trataba de atraer la atención del mayor para que Alberto pudiera estar tranquilo en la cabaña. Mientras corría por el sendero, daba pequeños brin-cos, y un poco más adelante, intentó andar como una muñeca de cuerda. Para que el mayor no se aburriera, también empezó a cantar. Se quedó un momento meditando sobre el plan de Alberto que ella no conocía.

CAPITULO 36

La fiesta en el jardín

Hilde estaba como petrificada en la cama. Notaba los brazos rígidos. y las manos, con las que tenía sujeta la carpeta le temblaban. Eran casi las once. Había estado leyendo durante más de dos horas. Alguna que otra vez, había levantado la vista de la carpeta riéndose a carcajadas, pero también pasaba hojas gimoteando. Menos mal que no había nadie en casa ¡Todo lo que había leído en dos horas! Empezó con que Sofía tenía que despertar la atención del mayor cuando regresaba a casa después de haber estado en la Cabaña del Mayor. Al final se había subido a un árbol, y entonces llegó Morten, el ganso que venía del Líbano, como un ángel liberador.

Hilde se acordaba siempre de que su padre le había leído cuando era pequeña El maravilloso viaje de Nils Holgersson. Durante muchos años, ella y su padre habían tenido un idioma secreto relacionado con aquel libro.

Luego Sofía estuvo sola, por primera vez, en un café. A Hilde le llamó especialmente la atención lo que Alberto contó sobre Sartre y el existencialismo. Casi había conseguido convertirla, pero también era verdad que había estado a punto de convertirla en muchas otras ocasiones durante la lectura.

Hacia un año Hilde había comprado un libro sobre astrología. En otra ocasión había llevado a casa unas cartas de tarot. Y otra vez se había presentado con un pequeño libro sobre espiritismo.

Todas las veces, su padre le había echado un pequeño sermón, utilizando palabras como sentido crítico y superstición, pero hasta ahora no se había vengado. Y lo había preparado bien. Estaba claro que su hija no iba a hacerse mayor sin haber sido seriamente advertida contra esas cosas.

Al final Sofía había recibido un libro sobre ella misma. ¿Sería el mismo libro que Hilde tenía en las manos en ese momento, y que no era más que una carpeta? Pero, de todos modos, ¿cómo era posible encontrarse con un libro sobre una misma en un libro sobre una misma? ¿Qué ocurriría si Sofía empezaba a leer ese libro? ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué podía ocurrir ahora? Hilde notó con los dedos que quedaban ya muy pocas hojas.

CAPITULO 37

Contrapunto

Hilde se incorporó en la cama. Se acabó la historia de Sofía y Alberto. ¿Pero qué había sucedido en realidad? ¿Por qué había escrito su padre ese último capítulo?, Había sido sólo para mostrar su poder sobre el mundo de Sofía? Absorta en una profunda meditación se metió en el baño para vestirse. Después de un rápido desayuno bajó al jardín y se sentó en el balancín. Estaba de acuerdo con Alberto en que lo único sensato de la fiesta del jardín había sido su discurso. ¿No pensaría su padre que el mundo de Hilde era tan caótico como la fiesta de Sofía? ¿O que también el mundo de ella se disolvería? Y luego estaban Sofía y Alberto. ¿Qué había pasado con el plan secreto? ¿Le tocaba ahora a Hilde inventar el resto? ¿O habían lo-grado salirse de la historia de verdad?

En el instante en que el Mercedes se metía por el jardín, Alberto se llevó a Sofía hasta el Callejón. Luego se fue-ron corriendo por el bosque hacia la Cabaña del Mayor. ¡Rápido! gritó Alberto. Tiene que ser antes de que comiencen a buscarnos. ¿Estamos ahora fuera de la atención del mayor? Estamos en la región fronteriza. Cruzaron el lago a remo y se metieron a toda prisa en la Cabaña del Mayor. Una vez en el interior, Alberto abrió una trampilla que daba al sótano. Empujó a Sofía dentro. Todo se volvió negro.

Durante los días siguientes, Hilde continuó trabajando en su propio plan. Envío varias cartas a Anne Kvamsdal en Copenhague, y la llamó un par de veces por teléfono. En Lillesand iba pidiendo ayuda a amigos y conocidos; casi la mitad de su clase del instituto fue reclutada para la tarea. Entretanto releía El mundo de Sofía. Era una historia que había que leer más de una vez.

El sábado 23 de junio se despertó de pronto sobre las nueve. Sabía que su padre ya había dejado el campamento en el Líbano. Ahora sólo quedaba esperar.

Había calculado hasta el último detalle del final del último día de su padre en el Líbano. En el curso de la mañana comenzó con su madre los preparativos para la noche de San Juan.

CAPITULO 38

La gran explosión

Hilde se acomodó en el balancín muy pegada a su padre. Eran casi las doce. Se quedaron mirando la bahía, mientras alguna que otra estrella pálida se dibujaba en el cielo. Suaves olas golpeaban las piedras debajo del muelle. El padre rompió el silencio: Resulta extraño pensar que vivimos en un pequeño planeta en el universo.

La gran explosión hizo que toda la materia del universo fuese lanzada en todas las direcciones, y conforme la materia se iba enfriando, se formaban estrellas y galaxias, lunas y planetas. ¿Pero dijiste que el universo sigue ampliándose? Y eso se debe precisamente a aquella explosión que tuvo lugar hace miles de millones de años. Porque el universo no tiene una geografía eterna. El universo es un acontecimiento. El universo es una explosión. Las galaxias siguen alejándose las unas de las otras a una enorme velocidad.

Sofía y Alberto habían estado sentados en el deportivo rojo escuchando al mayor hablar a Hilde sobre el universo. ¿Te has dado cuenta de que los papeles han sido completamente cambiados? –preguntó Alberto después de un rato. ¿Qué quieres decir? Antes eran ellos quienes nos escuchaban a nosotros, y nosotros no los podíamos ver. Ahora somos nosotros quienes los escuchamos a ellos, pero ahora ellos no nos pueden ver a nosotros.

En una noche despejada vemos millones, por no decir miles de millones, de años hacia atrás en la historia del universo. De alguna manera emprendemos el viaje de vuelta a casa. Eso me lo tienes que explicar mejor. También tú y yo empezamos con la gran explosión.

Una vez, en los tiempos primigenios, toda la materia estaba concentrada en una bola que era tan densa que la cabeza de un alfiler habría pesado muchos miles de millones de toneladas. Este átomo primigenio estalló debido a la enorme gravitación. Fue como si algo se rompiera. Pero al elevar la mirada hacia el cielo intentamos encontrar el camino de vuelta a nosotros mismos. Todas las estrellas y galaxias del universo están hechas de la misma materia.